

El Correo Literario.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

Número 15.

Oficina central, plazuela de la Compañía, junto a la imprenta.

Octubre 16.

EL CORREO LITERARIO.

SANTIAGO, OCTUBRE 16 DE 1864.

ALGO SOBRE POESÍA.

I.

Ya que es tan vago el epígrafe que encabeza estas líneas, espondremos desde luego los diversos puntos que nos proponemos desarrollar en ellas.—¿Qué es poesía?—Una nueva división de la poesía.—¿Cuál de los distintos jéneros en que la dividimos tiene mas aceptación; i a cuál debemos dedicarnos con preferencia?—Breves observaciones respecto de la poesía americana.

Dicho esto, entramos de una vez en la cuestión.

La palabra *poeta*, tomada en su significación etimológica, esto es, en el estricto sentido de, *creador*, no es de ninguna manera aplicable al hombre sino solamente a Dios. El cielo, en que fulguran los astros como las innumerables luces de una lámpara inmensa; la naturaleza toda, de cuya imitación han sacado su gloria los mas grandes jenios; tales son las poesías que compuso el Señor en un momento en que dando curso a su divina inspiración, aniquiló la nada.

Mas el hombre, este ser para sí mismo misterioso, compuesto de dos elementos contradictorios, cuales son la materia i el espíritu, no puede en realidad crear, si no solo hacer que las cosas creadas cambien de forma. Tanto en el mundo físico, como en el intelectual, el hombre no hace mas que transformar e imitar o plagiar: así el obrero que levanta una casa, transforma la naturaleza; i el escultor que hace una estatua, la imita o la plaja.—¿Por qué nos agrada tanto leer la canción «A las ruinas de Itálica» de Rioja?—Porque el autor ha sabido expresar tan bien en ella el estado de nuestro espíritu al contemplarnos ante un espectáculo semejante, que, al leer sus versos, nos parece estarlo viendo, i que él fuera adivinando nuestros propios pensamientos.—¿Por qué encontramos tanto placer en la lectura de «La vida del campo»? Por igual causa; solo porque Frai Luis de Leon ha sido tan fiel al modelo en la pri-

mosa ejecución de su cuadro, que, al embobarnos en éste, creemos tener aquel a nuestra vista.

Todo esto nos está indicando claramente, que, la copia mas exacta que pueda hacerse de algun pequeño trozo del gran poema del mundo, será la obra mas acabada, i su autor, el que mas se llene de gloria.

Si damos pues a la poesía su etimológico i estricto significado, no podemos decir que el hombre es poeta. I ¿qué es entonces lo que entendemos por poesía? cómo definirla, cuando la consideramos como una cosa que está a nuestro alcance? o ¿es acaso una de aquellas que, a pesar de comprender, no podemos nunca explicar?

Oigamos como se espresa acerca de esto uno de los mas notables poetas de nuestro siglo: «Dejemos al gramático i al teórico, dice Lamartine, definir si le es posible, la poesía: en cuanto a nosotros, decimos simplemente esta única palabra: *misterio* del lenguaje.» En la IV Conversación de su curso familiar de literatura, de donde tomamos los renglones precedentes, no se atreve el inmortal poeta a definir la poesía, i tal indefinibilidad es la primera belleza que encuentra en ella. Mas adelante, en el mismo párrafo; dice tambien poco mas o ménos: «Segun nosotros la concebimos, no es, como dicen los teóricos; el ritmo, la rima, el canto, la imájen, el color, la figura o la metáfora en el estilo, ni aun el verso; es todo esto en la forma, pero existe toda entera sin la forma: es algo que no es lo que hemos dicho: la poesía es la poesía.» He aqui la que, a nuestro juicio, es la mejor definición que de ella puede darse; pues indudablemente hai cosas que, aunque comprendemos, no podemos nunca explicar, así como hai otras que creemos, porque nos es imposible comprenderlas: i en tales casos juzgamos *inútil* o *perjudicial* toda explicación: si por nosotros mismos concebimos, lo que se nos quiere enseñar, inútil; si no lo concebimos, perjudicial; porque, es claro que desde que se trata de hacer comprender una cosa que, como la poesía, no se puede explicar bien, es mui fácil que la misma incompleta i acaso embrollada explicación haga caer en errores. Tales cosas se pudiera decir que solo se aprenden por intuición.

Después de lo que acabamos de esponer i de las citas que hemos hecho de Lamartine, mas que atrevimiento fuera insistir en dar una definicion de la poesia: apuntaremos sin embargo, una que da Trueba en sus «Cuentos campesinos»: poesia, dice, es la *esencia de la belleza moral*. (1). Si la definicion del poeta frances nos parece la mas profunda, la del cantor español nos parece la mas clara i completa.

II.

Pasamos ahora a tratar de las composiciones en verso, que tambien se llaman, poesias; cuyo titulo se les dió talvez, como dice Hermsilla en su literatura, a causa de que en ellas tienen lugar las ficciones mas que en cualquiera otra clase de las obras del hombre, alcanzando su imaginacion en tales composiciones el mas encumbrado vuelo.

Las divisiones que se hace por lo comun de ellas, son relativas especialmente a la forma, o al fondo i la forma al mismo tiempo; i hai algunas que se refieren tan solo al fondo, como la de composiciones filosóficas, eróticas, festivas, etc. Mas la division que nosotros queremos hacer es mas estensa que todas estas, por cuanto, refiriéndose a todas las composiciones i haciendo completa abstraccion de la forma, las clasifica en tres grandes jéneros diversos en que se hallan universalmente comprendidas, ya sean poemas, dramas, odas, elegias etc.

Los tres grandes jéneros de que hablamos i que, como hemos dicho, son relativos solo al espíritu íntimo de las composiciones, son los siguientes: 1.º el que podria llamarse de *pensamiento*, entendiendo comprendida en él la poesia que, jeneralmente filosófica, habla mas a el alma, a la intelijencia del hombre, que a su corazon; 2.º el de *sentimiento*, que comprenderia, por el contrario, la que habla al corazon i a sus afectos mas bien que a la razon; i 3.º la que habla igual o casi igualmente al pensamiento i al sentimiento del hombre, que podremos llamarla poesia *mixta*.

Para que se comprenda mejor lo expuesto, citaré algunos ejemplos. Son del primer jénero, que a mi juicio es el mas útil, algunas *doloras* de Campoamor, uno de los mas distinguidos poetas i filósofos que cultivan actualmente i dan brillo con sus obras a la literatura española; i la célebre oda de Alejandro Manzoni, «Al cinco de mayo» en la muerte de Napoleón, que ha sido traducida a casi todos los idiomas europeos. (2) Del segundo son las

églogas de Garcilaso que, a pesar de su antigüedad, i de haber cambiado tanto la índole jeneral de la poesia, es leído siempre con tanto gusto; i el magnífico canto del Diablo-Mundo «A Teresa,» «Descansa en paz.» Por fin, como de la tercera clase, esto es, del jénero mixto, señalaré la oda de Rioja ántes citada, «A las ruinas de Itálica;» i la preciosa «Oracion por todos» del gran poeta frances, autor de «Los miserables,» que tan hábilmente imitada ha sido por el señor don Andres Bello.

Antes de contestar a la pregunta de cuál jénero es al que mas bien debieran nuestros poetas dedicarse, i cuál tiene mejor aceptacion? echaremos en el párrafo siguiente una rapidísima ojeada a la historia jeneral de la literatura.

(Concluirá.)

POESIAS.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA M. P. DE TORRICO.

(1864)

Bien puedo figurarme, amiga mia,
Que entre los dos se entabla
Este artístico diálogo—Usted habla.
—Amo la poesia,
Esa lengua del alma, i yo quisiera
Que usted, Guillermo, en mi album escribiera
Un fragmento, una oda, una elegia,
De esa lengua del alma, una harmonia.
—Aquí, yo le contesto,
Aceptando el deseo, por supuesto,
I elojando su gusto; pues quien ama
I quien sabe admirar la poesia,
Los instintos vulgares
De esta vida de tierra i sus pesares,
Todo lo purifica en esa llama
Que consume la escoria,
I que en el pecho inflama
Un ideal de amor i otro de gloria.

¿Se acuerda usted, Mercedes, de Florencia?
Florencia, la divina
Madre de Genios, la que el Arno baña
Con su onda cristalina,
I a quien dá el arte virjinal recato?
Allí cada colina
Es un verde jardín; cada montaña
Un mirador del valle, San Miniato,
Fiésole, Bellavista!
Ah! Florencia, Florencia!
En tu luz, en tu atmósfera, en tu esencia
El alma vive en Dios i nace artista!....

I ya que usted, como amistoso gaje
Quiere tener en su Album algo mio,
De mi libro de viaje
Una página corto,

(1). § I de «Lo que es poesia,» página 201 en la edicion de Madrid de 1862.

(2) Tambien Guillermo Matta tiene una traduccion de esta oda: pero las que tienen mas fama entre las que se han hecho al idioma español, son, una paráfrasis que Rubi escribió en silva i que le valió la felicitacion del mismo Manzoni, i una traduccion en el mismo metro del

original por Garcia de Quevedo.—Véanse los «Opúsculos políticos i literarios» de don Salvador Costanzo.

I poéticamente la trasporto
Al cielo azul i al florentino río.
Entremos a gli Uffizzi. Saludemos;
I en su templo magnífico
A los jénios del arte veneremos.

Un día, contemplando obra por obra
Las que guarda esa rica galería,
Duelo, inquietud, zozobra
I gozo i alegría,
En el alma sentía
Siempre que un breve rato
A contemplar parábame un retrato.
Pobre Andrea del Sarto! Tu semblante
Refleja en todo un corazón amante.
En tu hermosa cabeza,
Como ánjel melancólico,
Se inclina suavemente la tristeza!
Pobre Andrea del Sarto,
Tan enérgico i grande por la idea
I tan débil, i de alma tan sumisa
Al femenil capricho; pobre Andrea!
De esa Lucrecia la amorosa risa
Oculta solo la traición mas feal
Lucrecia della Fede,
Lucrecia disoluta!
Su alma impura de infame prostituta
Ni tu amor ni tu ideal concebir puede!
Mató el vicio al ideal i el grande artista
Cayó como pirámide sin base.
I aun busca a ella su amorosa vista
I aun habla el labio la amorosa frase!

Pobre artista! sus penas,
De su débil carácter penas fueron;
Sangre ardiente fluía por sus venas
I el ideal i el arte le pusieron
Voluptuosas cadenas
I en vil mujer, su esclavitud le dieron.
Pobre artista, consuétate!
Ya están puras tu vida i tu memoria.
Tus obras celestiales
Brillan como otros tantos ideales
En el cielo divino de la historia.
Tus lágrimas son obras inmortales!
Tu dolor es la aureola de tu gloria!
Ahora, amiga mía,
Lea usted, de ese artista desdichado,
Los versos que su jenio me ha inspirado.
Simpática elegía,
Tributo fiel a mi pintor amado.
Ideal i amor, pintura i poesía
Siempre se han hermanado.
Feliz quien ama el arte amiga mía!

ANDREA DEL SARTO.

Andrea, dulce maestro florentino,
La espresion de tus vírgenes arroba.
Tintas encuentra tu pincel divino
Que a lo inefable el sentimiento roba.

La pura línea que tu mano traza
Fija la forma i tu ideal revela;
I en corto espacio tu ojo audaz abraza
El infinito en que tu mente vuela.

Otros tienen mas luz, pincel mas regio
O hechizan con la pompa de su audacia;
Mas, tú, en el colorido eres Correggio,
Mozaccio en fuerza i Rafael en gracia.

I nadie, en la simpática belleza,
Se iguala a ti, maestro florentino.
Tu alma en los labios de íntima tristeza
Bebió del arte ese ideal divino!

GUILLERMO MATTIA.

Florenzia, Mayo de 1860.

¡PAZ!

Pax hominibus bonae voluntatis

Léjos la impía guerra!
Léjos el bronce ronco,
Que ensordeció la tierra,
A cuyo trueno bronco
Siente la madre misera
Temblar el corazón!
Léjos el odio insano,
I el abrigar enojos;
No mas del padre anciano
Los moribundos ojos
Viertan marchitas lágrimas
Pidiendo compasión!

No mas con ira impía
Se ajite el hombre, i luche;
No mas de la anarquía
La ruda voz se escuche;
No mas de tristes víctimas
El moribundo aíl
Serenos, amigos el pecho,
Se abracen los hermanos;
Los guarde un mismo techo,
Estréchense las manos....
O víctima del Gólgota,
Para los hombres paz!

El Dios del mundo es uno,
Pues uno el mundo sea:
El grito es importuno
De la feroz pelea,
Es importuno el belico
Sonido del clarín!
Muy mal suena al oído
El angustioso acento
Del que, al dolor rendido,
Lanza el postrer aliento,
I su esperanza última
Ve para siempre huir!

Ai del triste soldado
Que combatiendo espira!
De todos olvidado,
Nadie por él suspira;
Ninguna pura lágrima
Su tumba regará!
No irá la virgen bella
Que amor le prometía
A lamentar su estrella
Sobre su tumba fría,
Porque en ninguna lápida
Su nombre escrito está!

Uno es el Dios del cielo,
Una la luz del día;
La noche tiene un velo,

La tierra una armonía;
 ¡Es una en los espíritus
 El jérmén creador!
 La patria que la tumba
 Promete es una: el eco
 En ella no retumba
 Del ronco bronce hueco;
 Ni el grito de las víctimas,
 Ni el ¡aí! del que cayó!

Allí la paz impera,
 Augusta paz sublime!....
 ¡Nadie desespera,
 Ni maldice, ni jime,
 Que reina eterno el júbilo,
 ¡Eterna la amistad!
 No mas el universo.
 Campo sangriento sea,
 Donde triunfa el perverso
 Que, mas feroz, pelea!....
 Lejos la guerra fúnebre:
 Para los hombres paz!

CARLOS WALKER MARTINEZ.

1863.

SONETO.

AL SEÑOR DON LUIS RODRIGUEZ VELASCO, CON MOTIVO
 DE HABER PEDIDO AL AUTOR LE MOSTRARA ALGUNA
 DE SUS COMPOSICIONES POÉTICAS.

Un hombre rico preguntaba un día
 A otro que tambien rico juzgaba,
Cuántas monedas en su baul guardaba,
 ¡Que se las mostrara le pedía.

El preguntado complacer quería
 A quien al creerle rico se engañaba;
 Abre, pues, la cajuela do encerraba
 Todo el dinero que tener podía.

Por todas partes rebuscó gran rato
 Sudó una hora todo revolviendo,
 ¡Después de trabajo tan ingrato

Sale tan solo un céntimo luciendo.
 Tú eres el rico, Luis, yo soi el pobre,
 Aqueste mal soneto ha sido el cobre.

J. D. S.

VIRTUD I AMOR.

¡Contigo i' la virtud!
Heredia.

En la ruda tormenta en que me ajito
 Dos cosas anheló mi alma impaciente,
 El amor de una virgen inocente
 ¡El bien de la virtud;
 ¡El dulce amor, que al corazón herido
 Alivia con sonrisa placentera,
 La sublime virtud, que hace ligera
 Nuestra pesada cruz!

Nada he encontrado i sin embargo siento
 Dentro del alma entera mi esperanza;
 La negra sombra del dolor no alcanza
 Sus rayos a eclipsar.

Si! yo espero; al pesar las dichas siguen....
¡Quién una vez en el oscuro cielo
 No vió brillar el iris del consuelo,
 Tras de la tempestad?

Amor busqué, porque ajitado, ansioso,
 Férvido el pecho sin cesar latía,
 Porque en divino furgo el alma ardía
 Que no pude apagar;
 Porque en los puros sueños de mi infancia
 Me halagaron dulcísimas visiones,
 Sombras bellas, queridas ilusiones
 Que no olvido jamás!

Busqué virtud, porque proserita el alma
 Tornaba sus miradas hácia el cielo,
 ¡En el inmundo lodazal del suelo
 Felicidad no hallé.

Porque frágiles flores vi en el mundo
 ¡En lontananza un immortal destino,
 ¡Vi que la virtud es el camino
 Que va al eterno bien.

Virtud! amor! yo adoro vuestro encanto,
 Vuestra verdad mi corazón bendice,
 Dudar no puedo, nó; seré felice,
 Si al fin os logro hallar!
 Nada quiero pedir al mundo vano,
 Pura i completa mi ventura haría
 Gozar tu amor ¡anjelical Sofía!
 Entre virtud i paz!

ENRIQUE DEL SOLAR.

Agosto 21 de 1864.

MI DUENDE EN EL BAILE.

Hace mucho tiempo que un maligno duende-
 decillo, siempre presente i siempre invisible,
 anda empeñado en sustituir sus sentidos a
 los míos. Incrustado, por decirlo así, en mi
 pensamiento, hace que vea por sus ojos, que
 respire por su boca, que oiga con sus oídos,
 i solo me deja libre, los labios para espresar lo
 que él me hace sentir.

Este diablillo, malicioso como él solo, ve
 las cosas de una manera tan rara que las mas
 veces, en los ratos en que puedo pensar libre-
 mente, me hallo en completa contradicción con
 sus ideas. Toma mil diferentes formas, segun
 las circunstancias en que me coloca lo requie-
 ren, se adapta a todos los colores segun como
 quiere presentarlos a mis ojos, i me obliga a
 hacer diversos papeles los mas de ellos en con-
 traposición con mi pacífico carácter. En todo
 se mete: habla de política, diserta sobre litera-
 tura, tiene opiniones sobre medicina, comenta
 las ciencias legales, sabe mucho de artes, en
 fin todo lo husmea i sobre todo habla sin enten-
 der de nada, como muchos que yo conozco. A la
 menor observación que hago a una de sus ideas,
 me ensarta una máxima filosófica i como yo
 no entiendo pito de filosofía me convengo in-
 mediatamente, ni mas ni menos que un diputa-
 do ministerial cuya votación está ya dictada

por el gobierno. Pero yo todo se lo perdono en virtud del objeto de su mision, que es llevarme por el buen camino haciéndome ver siempre el malo.

Por mi parte no estoy descontento con él por que es un excelente compañero que, a mas de las mil distracciones que a cada paso me presenta i de lo que me divierte su jenio festivo i picante, me enseña un modo de vivir lo mas cómodo del mundo. Para que el mas incrédulo se cerciore de esto que parece a primera vista sobrenatural, voi a contar una de las muchísimas aventuras que me ha hecho correr su irresistible influjo.

Hallábame yo una noche presa de un *esplin* verdaderamente ingles, a consecuencia de ciertas reflexiones sujeridas por un suceso que callo por pura modestia. Era tal que hasta el humo de mi propio cigarro me incomodaba, i rabia i mas rabia no encontraba, un suficiente desahogo a esta insípida enfermedad. De pronto sentí un fuerte dolor en la cabeza, que pasó instantáneamente; conocí que era mi duende que quería algo conmigo, porque el maldito tiene la mala costumbre de hacerse anunciar siempre de un modo desagradable. Esperé que él moviera en mi fantasía el resorte dormido de mi imaginacion que el *esplin* tenia como alertargado. El duende comenzó por fijarme sus ojos pequeños i penetrantes, asomando a sus labios una maligna sonrisita que me desespera.

—Ven conmigo, me dijo despues de haberme contemplado un largo rato; vamos a divertirnós. I quieras que no quieras, me hace mudar de traje i nos ponemos en camino. Al momento, que salimos el aire de la noche refrescó mi cabeza i el mal humor se me fué disipando como por encanto.

—¿Adonde me llevas?

—Camina.

I yo caminaba sin saber hácia donde. Despues de algunos minutos de marcha, el ruido melodioso de una orquesta llegó a herir mis oídos. El duende me miró con su sonrisita i yo comprendí que nos dirijiamos a un baile. Yo me muero por los bailes. En aquel instante no pensé sino en alegrarme, sintiendo solamente que mi compañero no me hubiese advertido al salir para haberme vestido con mayor esmero i haberme perfumado con ricas aguas, segun la costumbre de nuestros elegantes. Me estiré el cuello, arrugué con cuidado mi corbata, desarreglé con mas cuidado mis cabellos, i tomando un aire de despreocupacion e indiferencia me introduje en el salon, con el pensamiento lleno de sueños, el alma llena de esperanzas i cada esperanza llena de conquistas. Yo me paseaba llevado en triunfo por las mas dulces i risueñas ilusiones: soñaba palabras tier-

nas, promesas ardientes, furtivos apretones de manos; miradas lánguidas, un cielo de amor con su diosa i su cortejo de felicidades; en fin, todo aquello que puede crear una fantasía joven, todo lo bueno, todo lo bello, brotaba en ideas de mi imaginacion como del cuerno de la abundancia. Cada rostro de mujer fresco i sonrosado hacia palpitar mi corazon entusiasmado, cada bucle de sus cabellos se llevaba enredado un pensamiento de amor que yo le consagraba; en cada flor de su vestido prendia yo una esperanza como una ofrenda de mi juventud; a mi alrededor todo era alegría i felicidad: yo estaba loco; i entretanto el duendecillo me miraba con aire de compasion i siempre con su sonrisa que muchas veces se volvia sardónica.

Pasó cerca de mí una hermosa mujer vestida de blanco i deslumbrante de alhajas. Yo la contemplaba admirado. El duende me sacó de mi contemplacion haciéndome oír su vocecilla aguda i perceptible solo para mí.

—¿Qué miras?

—¡Qué hermosa mujer! fué mi única respuesta.

—Ya empezamos. Fijate, fijate, me repitió; ese lindísimo color rosado i blanco es comprado en la botica. Las mujeres han llegado en ese arte a la perfeccion.

—Es una linda joven.

—Necio! es una vieja. La pasta del colorido cubre sus arrugas; esos hermosos bucles de la frente son postizos, los demas son teñidos bien a costa de su salud.

—La gracia, el aire.....

—Ficcion! estudio! la escuela moderna enseña eso a las mil maravillas.

—¿Qué riqueza, qué profusion de preciosas alhajas!

—Es cierto, las luce i fueran todavia mucho mas brillantes si no les quitase la mitad de su esplendor el misterio de su orijen. Esas alhajas importan el honor de una familia.

I el diablillo lanzó una carcajada que me hizo estremecer.

—¿Te diviertes?

—Este desengaño ha apagado la mitad de mi entusiasmo i me ha quitado la mitad de mi alegría.

—Sigamos.

Dimos una vuelta por el salon. Las señoras mayores, sentadas como estatuas de adorno, no tenian mas movimiento que el de la vista, siguiendo con ella la marcha que hacian sus hijas del brazo de un galan, que anda lleno siempre de satisfaccion sin saber porqué, pues su conversacion sin salir jamas del mismo círculo, el tiempo, el teatro, el paseo, la concurrencia etc. no es un motivo de tanta alegría como manifiesta. Uno que otro viejo que anda de arriba a

bajo, como lancha abandonada, no halla cosa que hacer mejor que bostezar i ahogar su aburrimiento en sus bostezos. A veces se olvidan de que son viejos i echan algunos piropos a las niñas que se ponen coloradas de vergüenza ante ese retroceso de la edad.

—Anda a bailar, me dijo mi duende.

Esto era todo lo que yo me quería i al efecto busqué una compañera. La encontré en una jóven hermosa i elegante de esas que prodigan sonrisas i miradas dulces. Después de unas cuantas frases de fórmula, rodeé su cintura con mi brazo, ella se inclinó blandamente sobre mi hombro, i las manos enlazadas nos lanzamos en el torbellino de las demas parejas. Yo estrechaba su talle, sentía confundirse con la mía su respiración anhelosa con la ajitación, i en el vértigo del baile olvidé mi primer desengaño; estaba contento. Nos detuvimos i luego volvimos a empezar las vueltas i revueltas, pisotón aquí, tropezón allá, encontrón acullá i codazos por todas partes, yo nada sentía sino el gozo del momento. Parecía que íbamos arrebatados involuntariamente por los melodiosos sonos de la música.

La orquesta cesó de tocar i las parejas que poco ántes danzaban siguieron dando paseos por el salón. Yo llevaba del brazo a mi sílfide improvisada diciéndole las mas ardientes palabras de amor, ofreciéndole este mundo i el otro i haciéndole mil juramentos i protestas a mas i mejor. Ella, por su parte, me pagaba en la misma moneda i los dos nos remontábamos hácia el cielo de las dulces esperanzas, embriagados al parecer en la mas envidiable felicidad. Nos cambiamos i nos prometimos mas amor que se ha escrito en todas las novelas.

Junto con un romántico suspiro de mi pareja sentí zumbarme en el oído el ruido de una risa burlesca: era mi duende. El pícaro me habia escuchado toda la conversacion i se estaba riendo de mí. Esto solo bastó para quitarme todo el gusto; dejé a mi compañera cerca de su mamá que *pelaba* a todo el mundo a medias con otra vieja i me retiré solo i desabrido hácia un lado solitario. El duende me seguía.

—Bien lo has hecho, me dijo. Has mentido de lo lindo.

Yo en aquellos momentos habia sido mui sincero i me sublevé contra semejante ataque a mi conciencia.

—He dicho la verdad i he sido feliz, le dije.

—Pues bien, si tu has dicho la verdad, a tí te han engañado como un tonto.

—No es posible! ese ángel

—Loco! ese ángel no tiene corazón i si lo tiene está en el vestido. . . i este se guarda en un cajón.

—Sus espresiones eran tan verdaderas. . . .

—Ja, Ja, ja! ven i te convencerás por tí mismo.

I me llevé hácia otro punto en donde ya estaba mi ex-compañera apoyada en el brazo de otro galán que la enamoraba con las frases mas pintorescas. Nos acercamos, i ¡oh farsa! le contestaba ni mas ni ménos lo que a mí. El corazón se me oprimió dolorosamente i exclamé:

—Quién creyera tanta falsedad!

—Todavía no has visto nada.

—Cómo, nuda! I lo que acabo de ver?

—Esas son escenas que se repiten todos los días i por lo mismo no tienen maldita la gracia. Demos un paseo i te asombrarás.

Nos colocamos en un paraje desde donde se dominaba todo el salón.

—Aquí estamos bien. Fíjate en todo lo que veas i hazme tus observaciones. ¿No es verdad que parecen todos mui divertidos?

—I así debe ser i sinó ¿cómo podrían ocultar....?

—Esa es la gran ciencia del siglo.

—Yo veo todos los rostros alegres. Aquí reinan la animación i la franqueza.

—Te engañas.

—I lo que veo?

—Qué ves?

—Mucha alegría.

—Adonde?

—Aquí.

—Hacia qué parte?

—Hacia aquel lado. Dos caballeros i dos señoras conversan con mucha animación i con señales de alegría.

—Sabes de que hablan?

—No.

—Vamos a escucharlos.

Nos acercamos a los cuatro tertulios.

—Oyes?

—I que es eso?

—Murmuran del prójimo, sacan a luz la vida privada del vecino, dicen lo que saben, inventan lo que no saben i todo con la mayor buena fé. Dos de esas personas han comulgado esta mañana. Oh! el chisme es aquí el pan de cada día.

—Pero al fin se divierten.

—Ni por asomo. Esas murmuraciones son, como se dice, por detras, i por consiguiente no tienen el objeto de corregir i modificar las malas costumbres. Ellos son los malos i hablan de envidia porque la dicha de los otros es su mayor tormento. Esas personas nunca pueden estar contentas, porque en la falta va el castigo.

—Allí divisó una linda pareja. Hablan tan juntitos i con tal reserva que parecen dos enamorados.

—Algo, algo hai de eso. El es un jóven hábil hourado i trabajador. Ella es una niña a la última moda, sabe....recibir atenciones. El revienta de desesperacion porque ella no lo ama i ella revienta de fastidio porque él la acosa con sus cariñosas atenciones.

—Parece un esclente joven.

—Es de lo mejor por sus prendas i su conducta.

—I no es amado?

—No.

—Por qué?

—Porque no puede presentar sus pretensiones encerradas en una caja de oro.

—Pero eso es un principio funesto.

—Asi lo ha establecido la sociedad i en esa escuela crecen i aprenden nuestro hijos. ¿Quieres que vayamos a escuchar un puntito de su conversacion?

—Aceptado.

—Ya es inútil, se han separado. Mira, él enjuga una lágrima i se va desesperado; i ella envía una amable sonrisa a un solteron rico i de dudosa nobleza i va a dar con él un paseo.

Qué contraste! ¿Te parece que alguno de esos se divierte?

—Tienes razon. Pero ve allí un caballero de cabello medio blanco, de humilde traje, que sonrie lo mas deliciosamente.

—Ese sonrie por pura cortesía, porque habla con una señora, pero tiene clavada en el corazón una espina que lo atormenta. Ha tenido que traer al baile a su familia i cada adorno i vestido le va acostar el sacrificio de algunos meses i quien sabe si el pan de algunos dias!

Yo no hallaba a donde tender la vista sin ver una miseria o una infamia escondida detras de un semblante compuesto i alegre, i sin oír las picantes observaciones del malvado duende, que iban dirigidas como un dardo al seno de la sociedad a que yo tambien pertenezco.

—Hacia aquel lado hai un grupo de jóvenes que hablan como unos loros, pero con mucha seriedad. Los jóvenes siempre están alegres.

—Esos hablan de modas, i están despechados porque las niñas hacen poco caso de los niños, aunque ninguno lo confiesa. Oye como discurren. El uno dice que su corbata es la mejor puesta, el otro que su pantalón el mejor hecho, este que una dama le ha escrito un billete perfumado, aquel que hai tres o cuatro muchachas muertas por él; el de acá se alisa el cabello, el de más allá se mira furtivamente al espejo i se encuentra hermosísimo; ese otro se desespera con las clavaduras de los alfileres que lo prenden por todas partes, alguno no puede estar de pié porque las ajustadas botas lo hacen ver las estrellas, i cada uno es un Tenorio i lle-

va en su imaginacion una lista de conquistas mas larga que la cuenta que su sastre le tiene. Esos tampoco se divierten, porque el egoismo los atosiga, la vanidad los hincha, i la envidia los muere como un perro rabioso.

—Basta, basta, salgamos de este infierno que ya me ahogo! Dios mio! i es esto un baile?

—Esto es un baile de máscaras; aquí se engaña con palabras i no con caréas. Mira; ¿ves aquellos dos personajes que se pasean tomados del brazo i conversando tan amigablemente? Son dos rivales i solo piensan en el medio de perderse el uno al otro; tienen los labios llenos de alfileres pero en su alma está hirviendo la hiel del rencor.

—Basta, basta—salgamos.

—Espera, ¿ves aquellos tres reunidos solos en ese rincón? Son hombres de negocios, comerciantes honrados que en este momento tratan de hacer una bancarrota que va a arrebatar el sustento a un sinnúmero de familias que han creído en su buena fé i que han confiado en su probidad. Muchas familias se verán reducidas a la miseria, pero ellos serán opulentos; tendrán casas, campos, coches, riquezas, i lo que es mas, altas consideraciones. Ellos tampoco serán felices porque la vanidad i la avaricia son dos monstruos que jamas se sacian.

Mira aquí, cerca de nosotros; un mancebo que presume de una esmerada educacion, está medio recostado en el sofá mirando todo con el aire mas desdenoso. Ese quiere hacer efecto, porque ha estado en Europa. Son los que ménos se divierten. La presuncion los va consumiendo poco a poco.

—Ya no quiero ver mas.

—Hai todavía tipos mui curiosos i dignos de observacion. Por ejemplo, aquel abogado que charla con un médico.

—Basta, basta, por Dios. Te repito que no quiero ver mas.

Pero el diablo una vez que suelta su lengua, no hai quien lo haga callar. Siguió pues discurrendo sobre todo lo que nos rodeaba; pero yo nada oía; mi cabeza se desvanecía en un vértigo, sus palabras me zumbaban como un ruido confuso i ya se me hacian ininteligibles. Me levanté desesperado, maldiciendo de mí, del baile i, mas que todo, del maldito que habia hecho rodar una por una mis mas brillantes ilusiones. Me parecia algo exajerado en sus juicios i algunas ocasiones, aunque lo creia embustero, no dejaban de hacerme cierta mealla sus palabras. El pícaro al verme con una cara de calabazo, como un amante despreciado, se reía i volaba dando vueltas en torno mio i diciéndome: «Aprende, no hai mejor escuela que el mundo para aprender a vivir.»

Salí de aquel salón donde se habian quedado

deshojadas i pisoteadas por los bailarines todas las inocentes flores que habia hecho brótar en mi alma el calor de la esperanza. Al salir, el duendecillo se acercó de nuevo a mi oído i me dijo con un tono burlon.

—Te has divertido?

—Verdaderamente, le contesté, que estos tristes desengaños me han hecho una profunda impresion.

—Estas son las primeras espinas que se pisan en el camino del mundo. I advierte que te he llevado a un baile público, donde cada uno solo está obligado a llevar su continjente de alegría i buen humor para olvidar todos juntos lo que llaman las penas de la vida. Pero el dolor persigue al hombre hasta la puerta del cielo. ¡Cuánto mayor habria sido el tormento de tus decepciones, si te hubiera llevado a una de esas espléndidas tertulias que da la vanidad i la competencia del lujo! Allí es otra cosa: un salon para el baile en donde se ve poco mas o ménos lo que aquí, con mas la amabilidad i los agasajos que se rinden a la dueña de casa en retribucion del convite, etiqueta vendida de que solo se pagan los necios. Allí se pone una mesita de juego para que no se aburran los que no bailan; i mientras una familia vuelve engañó por engañó en el salon del baile, la cabeza de ella arriesga sobre el tapete la fortuna de muchos hijos, al azar de la suerte, sin otro sentimiento que las emociones del juego i sin mas remordimiento que el de no ser mas tramposo allí donde están enterradas la honradez i la buena fé. Tambien se ve alguno que vácia una botella en su cuerpo para dejar guardados en ella sus pesares. . . .

—Pero es imposible que se oculten tantas maldades bajo un velo tan tranquilo i engañador.

—Se ocultan así como el mar esconde bajo una superficie tersa i trasparente un fondo de cieno, i peces que se devoran unos a otros.

Nada me quedaba que responder i guardé silencio, temiendo que mi contestacion pudiera sujerir a mi duende observaciones mas desesperantes.

Con un desengaño en cada lugar donde se abrigaba una esperanza i con un triste vacío en cada sitio que habia brotado una ilusion, traté de buscar en el sueño un descanso a la agitacion de mis pensamientos. El duendecillo, compadecido del estado a que me habia reducido su charla de toda la noche, se alejó de mi lado para dejarme dormir en paz. I dormi bien; pero toda la noche soñé con el baile.

PRÓSPERO.

ANALES DE BOLIVIA.

EL TEMPLA I LA ZAFRA.

LEYENDA JUDICIAL.

(Continuacion.)

XXI.

Dos cuabras antes de aquel lugar, corria precipitadamente un sereno, i tras de él dos mujeres.

—Ehl! sereno!—dijo el viejo José Maria Zafra, que iba con una hija suya, con el padre de Saavedra i algunos individuos menores de la familia, en busca de su hija Beatriz; i continuó preguntando—¿qué hai?

—No estoi para respuestas, contestó el sereno, avanzando su camino.

—Que será esclamaron todos los del grupo i siguieron hasta una esquina antes de la policia, en que descansando el sereno, exclamó tambien—¡pobre niña!

—¿Pues qué? dijo José Maria Zafra, dilatando los párpados i sintiendo un sacudimiento eléctrico—¿pues qué?

—A espaldas de la merced yace una pobre niña muerta! Muerta! replicaron todos.

—Ah! Dios mio! es mi hija! respondió el padre de Beatriz.

Un grito ronco i zolozante se desprendió del grupo.

El padre infeliz continuó preguntando al sereno, estático, i sin poder dar un paso, mientras los demas volaban a la calle indicada.

—Es jóven i decente?

—Cuando le digo niña—replica el sereno.

—Su traje?

—Es blanco con florecitas moradas: médias de seda encarnadas, zapatos blancos de raso, una cadena de oro en el cuello,....

—¡Basta! basta! gritó el viejo ¡ella es! mi hija!.... i corrió como un venado herido, que apenas anda i jadea demasiado.

Mientras andaba el viejo, aquellas dos mujeres que velavan el cadáver, hicieron conducir a la misericordia de san Juan de Dios—al lugar donde la humanidad hace de la humanidad su sistema de misericordia—asilar los cadáveres en un rincón.

Casi a un tiempo llegaron José Maria Zafra i Manuel Saavedra, el padre i el esposo.

¡Que horror! exclamó este último—mi esposa muerta!—i despues de revolcar el cadáver entre sus manos como buscando una herida, continuó—¡Ah! sus amantes la han envenenado! No han querido que yo la posea! La han asesinado!

Zafra, pudo prorrumpir—¡Tú eres el asesino!

—Yo!....

—El, dijeron unos.

—Como puede ser! dijeron otros.

El Templo hizo conducir el cadáver de su esposa a su casa.

Allí lloraba abrazando el aterido cuerpo de Beatriz.

Llegó el padre de ella con un comisario, i volvió a exclamar.

—El es! el es!

El Templo, que esa mañana juraba hacer feliz a una mujer, era asegurado en un calabozo con prisiones de fierro como asesino de esa misma mujer.

Beatriz, que esa mañana vestía el velo de novia, por la noche era un cadáver envuelto en una frazada, i espuesta como a la espectacion pública, sin herida alguna, ni señales de intoxicacion.

Tal fué el acontecimiento del 14 de enero de 1850, que llamó la atencion de la Paz por algun tiempo.

Entremos ahora en el proceso, cuyos incidentes hicieron de esta causa una de las mas célebres.

XXII.

¿Quien mató a Beatriz Zafra en la noche misma de su matrimonio?

Hé ahí el nudo de este drama judicial.

El reconocimiento médico legal estableció esta conclusion—*ha sido estrangulada.*

Los datos únicos para esta deducción eran dos equívocos en la garganta.

El sentido popular sin mas que este antecedente falló contra el esposo.

—El Templo, se decía en los talleres i tabernas, ha asesinado a su mujer en la misma noche de su casamiento, ahorcándola con su hermoso i abundante cabello.

—Se casó con solo el objeto de matarla, decian, otros.

—La mató de celos, conjeturaban algunos.

Sin embargo, con la declaracion del Templo i de los testigos de descargo que presentó, varió completamente la opinion, i los mas absolvieron al inculpado, haciendo renacer fundadas sospechas sobre otro.

XXIII.

Interrogado el Templo por el Juez de Letras.

—¿Sabeis quien mató a vuestra esposa Beatriz Zafra ayer 14 de enero? dónde estuvisteis todo el día i toda la noche? qué hicisteis? con quienes estuvisteis? sabeis el motivo de vuestra prision? Decid todo lo que sepais a este respecto.

El Templo meneó la cabeza, frunció las cejas, apoyó todo el cuerpo sobre el pié derecho, con desembarazo largó al suelo la cadena que sostenia con una mano, i sereno, tranquilo e impenetrable, contestó:

—Señor: ayer, cuando rayó el día estaba yo en el templo de San Agustín, donde me casé con una joven, que era..... lo diré francamente que era mia.....

—Es decir?.....

—Es decir mi querida, mi compañera desde el añohace cinco años. Cuando era muy niña, no llegaría a quince cumplidos, la arrebaté de los brazos de su padre; la robé de Yungas: este hecho fué muy notorio, Si Ud. quisiese testigos, le presentaría mil.... El caso es que me casé aquella mañana. No me separé ni un momento de mi pobrecita Beatriz desde la iglesia hasta el baile de bodas que tuvimos en casa de mi padrino el señor coronel Montalvo. De propósito i a fin de no dar el menor disgusto a los que nos favorecieron con su asistencia, no quise beber ninguna clase de licor: ella mas bien estaba un poco mareada, así, como nosotros llamamos *chispa*. Comimos allí, yo estaba sentado al lado de mi esposa: volvimos a bailar, tocaba yo mi bandurria, i tambien cantaba, i me alegraba.... ahí quién hubiera presentado! Hasta las siete de la noche no me moví.... ¿Quién asegurará que he salido? Oh! pártale un rayo i traguele la tierra si tal afirma.....

—Sin maldecir ni enfadaros, continuad.

Hizo un silencio—ese silencio que precede a la disculpa o al crimen: es el momento en que el alma tiene una funcion múltiple, trama, inventa, sufre se remuerde, se alienta, se arredra, lucha.

—Pero, señor, continuó ¿cómo quereis que la sangre no bierva aquí dentro de mi pecho, al verme aprisionado por asesino de mi mujer? qué injusticia!

—I bien ¿después de las siete?

—Después de las siete u oraciones salí solo con el oficial de carpintería, Vargas.... Salí.. con objeto de buscar a mi mujer, que desapareció del baile sin saber como. Corramos dije al amigo aquel, en pos de esa ingrata que, a no dudarlo, ha huido a Corocoro con su

amante, si, con su amante, con ese traidor que la ha acechado tantas veces.... Esto dije a mi amigo, i marchamos con el hasta la puerta de mi taller, donde entré a tomar mi capa: salí, marché con el hasta la esquina inmediata, donde me encontré con otros dos amigos, que se retiraban del baile, i que suspiraron que yo habia salido en persecucion de mi mujer.... No quiero beber mas licor les dije; vamos al café del frances a tomar helados. Ah, señor Juez! no extrañeis que en tamaño desgracia hubiera estado yo con esa calma. Quise reprimirme i despejar la cabeza, por que si no.... os lo juro que.... la habria arrancado de las entrañas del infierno.... i sin remedio, habria muerto al seductor.... pero salvando la vida de esa mujer que tanto tiempo me ha acompañado....

—Proseguid.

—Prosigo, señor Juez: antes de salir de casa, hice notar a Vargas, que un hombre embosado estaba espionándonos en el dintel de la puerta de calle de la casa contigua a la de mi padrino. Cuantas veces sacaba yo la cabeza de la ventana, él se comprimía i perdía la cara en el embozo....

Calló.

—Ah! continuó con brio, dándose una palmada en la frente—ah! cabal, ya recuerdo, oh! no hai duda! él es! él es!

—¿Quién? le conocisteis.

—El es! le conozco... ah, señor, hacedme sacar las prisiones, dadme libertad, porque la cosa ya está descubierta.

—¿Es posible?

—Habia, señor en Yungas, un joven llamado A.* Este era el solicitante de mi Beatriz. Era minero, de familia decente, i de un arrojé extraordinario. Cuando rapité a la mujer aquella, me persiguió hasta la cordillera i allí me armó una emboscada; mas salvé la vida qué se yo como. Este es quien ha llegado hace dias con el objeto de vender oro i cascarilla.—Yo lo supe i me puse en guardia. Después me dijeron que se fué. ¡Falso! Fuertemente resentido contra mi i contra mi esposa, se ha vengado, si, se ha vengado el miserable, arrebatando de mi amor esa prenda que adoré.... él es, señor, es aquel A.* Que declare el señor Zafra, si todo esto no es verdad.

—¿I dónde creis que esté ahora?

—Caminando, señor, para Yungas. El vil ha fugado naturalmente.... ¡Un exhorto—un despacho... la policia.... Mirad, señor, no dejes escapar la presa!

—La justicia tomará sus medidas; continuad.

El Templo se mordió el labio inferior, miró de reojo al impenetrable juez, i después de dar un fuerte respiro como al descanso de una larga marcha, prosiguió.

—Luego que tomamos helados, me retiré con mis amigos. Eran, sobre las ocho de la noche. Corrian los serenos hacia el convento de la Merced.—¡Eh! dije a mis compañeros: los vencidos en la batalla de Yamparáez tratarán de sorprender al batallón que están los bajos de la Merced, vamos a la novedad.

—I.....

—Seguimos a los serenos: habia un grupo en la calle de la traspuerta del convento. Me abrí campo a codazos, i ví... ¡Dios mio! ví a mi esposa muerta! Busqué la herida, no la habia; i dije para mí: ha sido envenenada. ¡I lo ha sido! no hai duda. ¡No! le habeis visto la boca negra i espumosa? La cara tenia color plomizo.... En fin.... la hice conducir a mi casa. I cuando lloraba tan terrible destino, besando con mis ardientes labios su cara helada como la nieve, cuando sus manos yertas comprimian contra mi corazón, como si mi amor le volviese la vida, como si al sentir los latidos de ese corazón que ella queria tanto, el suyo tambien principiara a palpitar, cuando pensaba en quién seria el matador, hé aquí, señor Juez, que un comisario i dos solda-

dos acompañados de mi padre político, me prenden i me conducen a la cárcel, donde he pasado toda la noche i el día de hoy hasta este momento, en que me veis...

—¿No sabeis si alguno ha tenido contra ella resentimiento, celos, o deseo de venganza? ¿quién fué su enemigo? ¿no ha sufrido algunas enemistades, discordias o peleas?

—Pues! no acabo de deciros que ese jóven A.*, burlado en su amor, persiguió sin trégua, i que al fin se ha vengado asesinando a mi mujer que antes amó? Qué mas enemigo que un nóvio desairado? Pero ¡ah! Está bien! En un patíbulo ha de sufrir su justo castigo!.....

—No teneis mas que agregar?

—Sí, sí: me olvidaba decir que cuando yo buscaba a mi mujer, pregunté al pasar por una tienda a una señora E. A.... que allí estaba sentada, si habia visto pasar a Beatriz Zafra, a quien ella conocia, i me contestó que no habia reparado.

(Continuad.)

ARABESCOS

No es en esta legislatura en la que primero aparece don Ambrosio Montt: ya ántes habia tenido tambien un lugar en los asientos del Congreso. Elejido diputado en el año 61, tuvo ocasion de pronunciar entónces con algun aplauso sus primeros discursos parlamentarios.

Las Cámaras de ese tiempo eran enteramente homojéneas, salvo rarísimas escepciones; i como Ambrosio Montt estaba mui lejos de ser una de ellas, esto le favoreció en sus primeros pasos, dándole ocasion de alcanzar algunos triunfos hasta cierto punto despreciables, por demasiado fáciles. No habia en aquel Congreso enemigos con quienes luchar: para obtener la victoria, bastaba presentarse; pero esto era porque la suerte del combate iba de antemano decidida.

El nombre hace tambien mucho. Afirma Villergas hablando de don Ventura de la Vega que, la buena reputacion de este conocido literato proviene en gran parte de que muchos ignorantes lo confundan con el inmortal Lope de Vega. Quien sabe si una equivocacion semejante habrá favorecido tambien a Ambrosio Montt. De todos modos, el poder i los reconocidos talentos de don Manuel debieron influir en un principio en favor de aquel; mas hai tanta diferencia entre los dos, como entre don Ventura i Lope de Vega: i esta diferencia no es solo en lo intelectual, si nó tambien en lo físico, eso sí que el que tiene la desventaja en lo segundo tiene aun mayor ventaja en lo primero.

No es, sin embargo, Ambrosio Montt un orador despreciable: ántes, por el contrario, ha manifestado en la tribuna poseer algunas de las cualidades que constituyen al verdadero orador. Tiene fluidez en su lenguaje, bastante facilidad en la expresion, no carece de lójica; ra-

ras veces picante, suele ser atrevido i hasta en ciertas ocasiones insolente. Esto no puede nacer de otra cosa, si nó de la falta de oposicion que encontró en sus primeros ensayos, cuando, por las circunstancias en que se hallaba la Cámara, no habia quien le replicara. Ademas de las ventajas que le hemos reconocido, tiene una buena figura, lo que siempre influye mucho i previene en su favor.

Si estas recomendables cualidades no estuvieran afeadas por otras que lo hacen desmerecer, Ambrosio Montt seria, a no dudarlo, un aventajado orador; mas desgraciadamente no sucede así, i al lado de ellas se ven sin trabajo resaltar algunos defectos que vienen a descomponerlas.

En cambio de poseer mui vastos i jenerales conocimientos, éstos no son acaso profundos en ninguna materia; hai mucha superficie i poco fondo. Aunque por lo comun es lójico, suele a veces no serlo, como suele tambien entreverse en sus discusiones la falta de conviccion. —¿De qué provendrá esto?—Es que al travez del orador se deja distinguir bastante claramente al hombre de partido, como un cuadro al travez de la fina gaza con que se le ha cubierto; es que, dejándose a menudo dominar por su abanderamiento político, antepone el bien del partido al bien comun, procurando, siempre que le es posible, sacar algun provecho para la faccion a que pertenece; es que, opositor hoy, ministerial ayer con otro gobierno, combate en el actual, aquello mismo que ántes apoyaba en el pasado: en una palabra: a Montt le falta sinceridad i verdadero patriotismo.

Dijimos arriba que tenia bastante facilidad para espresarse; pero su modo de hablar afectado, o que al ménos lo parece, dispone en su contra el ánimo del auditorio, sin que consigan hacerlo olvidarse de ello ni sus maneras oratorias ni su buena presencia. Este defecto nace talvez de que Montt habrá hecho estudio especial para obtener una buena pronunciacion, i le ha quedado el amaeramiento que de esto suele provenir.

Ambrosio Montt, por otra parte, ha estado en Europa i no hace muchos años que ha llegado; de suerte que su carrera pública es hasta ahora mui corta, lo que hace esperar algo mas de él, atendiendo sobre todo a que todavia es bastante jóven.

Goza ademas este caballero de alguna fama como abogado, i ha publicado diversos trabajos sobre distintas materias. Nos abstendremos de ocuparnos de ellos; en primer lugar, porque nuestro objeto ha sido retratar al diputado, no al escritor; i en segundo, porque, considerando al señor Montt en una escala inferior bajo este nuevo punto de vista, temeríamos que sus partidarios nos acusasen de poca imparcialidad

e independencia, si nos pusiéramos a formular un juicio a cerca de sus obras.

Puede que la pintura que acabamos de bosquejar rapidamente esté desaliñada, i que haya algunas personas que la encuentren severa; mas nosotros solo creemos haber hecho justicia, i estamos seguros de que la opinion jeneral no se halla disorde con la que en estos renglones hemos emitido.

A. T.

CONVERSACION DEL DOMINGO.

Buenas son las noticias que nos ha traído el vapor del norte, por lo que respecta a los Estados Unidos i al Ecuador: en Méjico han obtenido los soldados de la República algunos pequeños triunfos sobre las tropas imperiales, i en el Perú continúan los aprestos bélicos para ir a arrojar de Chincha al valeroso Pinzon.

I a propósito de Pinzon ¿qué dicen U.U. de la carta del *buen español residente en Chile*, a su grande i querido amigo de ultramar? ¿Qué alma tan soñadora debe poseer ese buen español! qué imaginacion tan viva! Oh! cuán laudable, cuán digno de admiracion i de ser imitado es su santo celo por la causa justísima de la madre patria, la vieja, la caduca España! I luego la mujer de ese buen español! ¿qué arrojo i qué entusiasta patriotismo! En el alma hemos celebrado la publicacion de las dos cartas del buen o buenos españoles a su amigo u amigos de Europa: basta que hayan venido a desengañarnos de la errónea idea en que estábamos respecto a los sucesos que ellas refieren, i nos hayan dado a conocer los heroicos hechos de que su autor o autores han sido los protagonistas, i que todavía ignorábamos.

Tampoco podemos ménos de dar las gracias al buen español por la tierna compasion que manifiesta al Perú. «Ahora estamos con algun sobresalto por la intimacion de Pinzon al gobierno del Perú, dice: si es porque le faltan víveres i no se les facilitan en el Callao, tememos que vaya i los tome por la fuerza: si la intimacion es porque el Perú se prepara a atacarlo, tememos tambien que vaya al Callao i no deje títere con cabeza.» Francamente lo digo: si yo fuera el Gobierno, al instante mandaría al Perú una gran diputacion a fin de hacer lo posible por determinar a rendirse de una vez absolutamente a la voluntad del valiente Pinzon: así se evitaria, sabe Dios, cuántas desgracias; orque si le da la rabia al susodicho señor, ejecuta la ejemplar venganza de que el buen español habla a su amigo ¿qué harán los peuanos sin un solo títere que no esté descabeado? I téngase presente que el Perú, para los

buques españoles, no sería mas que una píldora homeopática echada en un gran jarro de agua.

—Mucha i mui lucida concurrencia hubo el lunes en el baile de los oficiales del 2 de cívicos. El salon estaba bastante bien arreglado, i la mesa, perfectamente; lo que dió lugar a que una señorita dijera que, los señores oficiales eran ménos bailarines que gastrónomos. Hubo mucha animacion, i la nacional zamacueca puso término a la fiesta cuando era ya de dia. Todos aseguran que el baile estuvo bueno, pero los oficiales del 2 dicen que estuvo espléndido: i uno de ellos agregaba el otro dia hablando en particular que, para que la funcion hubiera estado completa, no habia faltado mas que poner en el salon del baile dos cuadros, uno del corazon de Jesus i otro del de Maria, para evitar con el respeto que ellos impusieran cualquier desórden o mala tentacion...

—El beneficio del domingo en el teatro estuvo bastante bueno i concurrido: i ya que hablamos del teatro, no pasaremos adelante sin dar las mas espresivas gracias de parte del público i de los actores, a los jóvenes i bien educados dandies que, por darse tono, se salen de la platea ántes que concluya el acto. Que lo hagan las señoras no tiene nada de extraño porque, al salirse, no pueden ellas desde sus palcos introducir el desórden que introducen los mozos al dejar las bancas; i porque en ciertas piezas, como la *Traviata* por ejemplo, hai algunas personas tan exesivamente delicadas que, no les gusta que sus hijas vean esta o aquella escena; pero lo que es a los hombres, no se les puede dispensar semejante falta de educacion i respeto.

—En el beneficio del martes a favor del artista chileno don Ruperto Santa-Cruz, no hubo tanta jente como en justicia debia esperarse; pero los actores desempeñaron mui bien sus papeles, la funcion estuvo lucida i la concurrencia, entusiasta. Publicamos a continuacion dos bellas composiciones de las varias que circularon esa noche.

A DON RUPERTO SANTA-CRUZ.

El alma del obrero
Con todo lo que es arte simpático;
El arte es un maestro; civiliza;
El arte es religion; cuando es sincero.
Lo grande i verdadero
El arte es quien lo enseña;
I el dulce son de música halagüeña
Trae, en ofrenda, al alma
Consuelo i poesia.
Ella imita del cielo la armonía,
I ella el dolor i los pesares calma.

Venturoso el mortal que puede tanto!
Venturoso el obrero
Que halla siempre en el arte un compañero;

I con música o canto
 Alivia su trabajo! Venturoso
 Quien vierte alegre llanto
 I oye los ecos suaves,
 Los ecos de ese cántico armonioso,
 En que trinan las aves
 I que, con voz i nota,
 Jira en las selvas i en el viento flota!

AL ARTISTA DON RUPERTO SANTA-CRUZ.

Al artista, al hermano
 Al patriota artesano
 Que a presenciar sus triunfos hoy nos llama,
 Solicitos venimos,
 En nombre de la santa democracia,
 A estrecharle la mano;
 I es tributo a la fama
 Esta corona que a su sien ceñimos!

Tu porvenir es gloria,
 El arte te reclama;
 Que tambien tiene el arte
 Sus fastos i su historia
 I sus lauros al triunfo i la victorial

¡Avanza, pues, avanza!
 Te gritan tus hermanos,
 Los hijos de sus obras,
 Los hombres ciudadanos!
 Patriotas como tú, LOS ARTESANOS!

—En el circo no ha habido en estos dias pasados la concurrencia que se hubiera podido esperar, faltando la compañía lírica. Nada de extraño tendria que perdieran los empresarios en su loable empeño, por mas que se esfuerzan en dar al público cada vez mejores i mas variados espectáculos. Pero; ¡que hacerle! nuestra sociedad es como el perico-lijero, que no se mueve si no cuando las mayores i mas imprescindibles necesidades la obligan. ¡Ojalá que se muestre en adelante mas propicia a los jóvenes i sorprendentes acróbatas!

—Con mucho gusto hemos visto el precioso discurso de incorporacion del señor Matta, leído en la sesion que celebró la Universidad el viernes 7 del corriente. En él, despues de haber hecho, como está decretado, el elogio de su antecesor, el señor don José Francisco Gana, entra a examinar nuestra situacion con referencia a la poesía, tratando victoriosamente de desvanecer la errada opinion que, por lo comun, se tiene del estado del siglo respecto al cultivo i tendencias de ella, en particular en América.

«Los críticos pesimistas juzgan de nuestro siglo por la espuma que hierve en su superficie, por el rumor que hace en las lonjas i en los mercados, por la borra humana que en ellos se deposita. Pero busquemos el punto de vista para que la perspectiva no engañe, alejémonos para ver con mas claridad, retiremos nuestro pensamiento de la viciada atmósfera que lo circunda, i entónces podremos juzgar con

mas seguridad i con mas certeza. El mar, sacudido por la tempestad, i levantando, en el torbellino, las aguas de la borrasca, asusta i sobrecoge el ánimo del mas fuerte, si se le vé desde la playa o desde un escollo en donde fracasan sus turbulentas olas; a cierta distancia, en la cumbre de un monte, por ejemplo, contemplaremos, con admiracion i deleite, su soberbio enojo i el borrascoso vaiven de sus iradas olas.»

Luego esplica el mismo pensamiento de la manera mas poética, i con la figura mas atrevida imaginable.

Sentimos no tener bastante espacio para publicarla, aunque nuestros suscritores ya la habrán leído en el mismo discurso. En ella se retrata nuestro poeta con todo el nervio i esplendor de su jenio, sin librarse de caer en aquellos románticos estravíos a que suele conducirlo su misma ardiente inspiracion en sus composiciones en verso; estravíos pero demasiado insignificantes i dispensables al lado de las grandes bellezas que los eclipsan.

—No podemos ménos de deplorar la muerte del señor don Francisco Ignacio de Ossa, acaecida el mártis de la semana actual, i que deja un gran vacío no solo en su familia, si no tambien en la sociedad toda.

Elejido senador en tres períodos constitucionales, habia este caballero desempeñado en su vida diversos cargos i empleos públicos con mucha honradez i conocida integridad. Fundador del hospicio, i constante cuanto jeneroso sostenedor de los pobres, deja en éstos su muerte una honda huella que difícilmente podrán olvidar, i que acaso no irá a borrar despues otra mano amiga con los divinos consuelos de la caridad.

O. A. T.

A los señores Agentes i suscritores de provincias

Se les suplica tengan la bondad de mandar a la mayor brevedad posible el valor de las suscripciones al segundo trimestre que principió con el número 13; esta es anticipada i hasta ahora no hemos recibido todavia de algunas provincias el pago del primer trimestre. Como este periódico vive de sus abonados creemos que no desatenderán tan justa súplica.

Los suscritores al segundo trimestre no tienen que pagar nada por el porte de franqueo.

Tambien advertimos a los señores suscritores o Agentes que no puedan mandar el valor de la suscripcion por un conducto seguro, pueden hacer la remesa en sellos de franqueo de 10 i 5 centavos.

El Editor.



uerdas del invierno. El sexo feo se apodera de los

Pero el bello sexo, toma venganza, invadiendo tendos

